

Sobre la muestra de Marisa Rubio

*La conciencia a merced de las corrientes de aire*

Galería Mite

Un lugar dentro de otro lugar. Ninguno de los dos eran lo mismo, pero uno hacía posible al otro. El que me interesó fue el creado, imaginado por la artista y, comprendo, el único posible.

Un pasillo cómodo, largo si lo comparamos con lo que venía después... un espejo oval en la punta, en donde te encontrabas con dos habitaciones. Un techo mucho más bajo de lo esperado, porque para pasar tenías que doblar un poco el cuerpo, tenías que acomodarte a lo que “venga”.

Me olvidé de mencionar que fui una de las participantes en la muestra.

También seguían las aberturas pequeñas que te llevaban a otros lugares, a otro lugar quiero decir, al último y en el que, para acceder, tenías que pasar dos coordinados. Uno más liviano y otro más espeso.

Es decir que fui participante activa de la obra. Pienso por esto que una parte de la muestra para mí quedó incompleta. Pero no era la única que poblaba el lugar, también había bailarinas que se movían o se comunicaban a través de la luz, con la intencionalidad de quien moviese la linterna... aún las azules, formando una gran madeja en el centro de la habitación “cueva”.

En la sala, después del pasillo, la más cercana: dibujos “rojos” que relataban algo, ocupaban todas las paredes y no por su tamaño, porque eran de pequeñísimo formato, sino porque el rojo y la temperatura de la luz teñían toda la habitación.

Hasta ahora no había otra luz más que las linternas para ver íntimamente las bailarinas o los dibujos. Pero se intuía una luz verdosa más allá de los coordinados. El último salón, libre del techo aplastante, con una luz pegajosa e incómoda.

Y ahí es donde se empezaba a combinar el misterio. Se entraba en una “zona” diferente, en donde se necesitaba el “pasaje”, la incomodidad, correr una cortina, una “revelación” de algo. Tenía algo de “popa”, no solo porque ahí terminaba la obra, sino porque escondía algo.

En esa “zona” era donde me encontraba yo, junto con mi hermana gemela y una persona enmascarada que no dejaba ver su rostro ni hablaba. Se encontraba atrás de una barra, haciendo tragos. Tres clases de tragos, diferentes entre sí.

Estábamos flanqueados o “cuidados” por dos leones, que se posaban sobre un pedestal endeble. Ellos eran iguales y distintos entre sí, como nosotras. Ellos eran los guardianes, los “custodios”.

¿Qué hacíamos ahí, nosotros? Tres figuras desplazándonos en ese espacio entre copas, leones y pinturas imaginarias, explicadas, frente a personas que llegaban intrigadas y, una vez ahí, intimidadas por la participación a veces solo de lejos, otras veces conversando con nosotras, o eligiendo las “copas” que les ofrecíamos.

No había más que los “leones” y tres personas en el decorado... pero había que llegar hasta ese lugar y ganarse el trago a través de una “conversación” sobre pintura intimista de La Boca y en “alta mar”, y nada menos que en la popa.

(La muestra se vio afectada el día del cierre por el robo de uno de los dibujos que se encontraban en la antesala de las bailarinas, la sala quedó incompleta, otra vez, y con un interrogante.)

Sentí que las bailarinas quedaron eternizadas, para toda la vida. Todo lo que se “explicó” detrás de la cortina, también.

Lily

P.D.: Nunca voy a olvidar esa obra, ese barco anclado en un lugar imaginado, a punto de zarpar.